

ESCENA XV

PAULINA, VARONA.

VARONA.—Ya habrá usted comprendido, Paulina. He dicho tanta simpleza para disimular mi pasión delante de la sibila tonta y fúnebre.

PAULINA.—(Con idea fija.) ¿Y cuándo me llevarán ustedes á... á la colonia...?

VARONA.—No haga usted caso de colonias ni bobadas... No hay más sino que su marido de usted es un apóstol de la libertad de costumbres. No cuente con él para nada, y decidase... ¡Paulina! ¿Recibió usted mi carta?

PAULINA.—Sí. Me ha dejado atónita. No esperaba de usted tanto atrevimiento.

VARONA.—(Muy inquieto, va y viene, se sienta y se levanta.) Audacias me ha dado mi desesperación. He suprimido la última letra de mi apellido ilustre. Hoy me llamo *Varón*... Me enfadaba el *Varona*, que en mí desvirtúa el eterno masculino. (Paulina ríe.) Yo había manifestado á usted, por diferentes modos, mi adoración platónica. No podía ser de otro modo. Pero retirado mi amigo Abdalá, me presento candidato. Un amor ardiente, Paulina; riqueza no inferior á la de Alberto. Sea usted piadosa; redima, por Dios, á este cautivo, á este condenado, á este mártir...

PAULINA.—(Risueña, pasando los ojos por la carta.) ¡Y que no se anda usted con bromas! ¡Me propone la fuga! Eso ya es perder el juicio.

VARONA.—Si acepta usted mi amor, esconderemos nuestra felicidad en una isla deliciosa: en Corfú, ó en cualquier otra isla de Grecia ó del Asia Menor... ó en la Mesopotamia, donde dicen que estuvo el Paraíso Terrenal.

PAULINA.—Amigo Varona, ó *Varón*...

VARONA.—¡*Varón!*

PAULINA.—Sepa que he recibido otra carta... ¿de quién creerá? De su hijo Adolfito. Me propone también...

VARONA.—¿Amor y fuga?

PAULINA.—Fuga no. Me propone un amor recatado, sin escándalo.

VARONA.—Ese niño gótico es de la escuela de su madre... agüita mausa... los pecados en silencio... nada de escándalo... Pero en sus verdes años, Nata no era fúnebre, ni se asustaba del ruido de sus pasos inciertos sobre el entarimado social. (Con brío y audacia.) Pues yo, harto de sufrir, me río del escándalo, abomino de la sensatez, desprecio todo respeto social, pisoteo el convencionalismo. ¡Falsa virtud, vete al Infierno! ¡Cadenas forjadas con tanta y tanta mentira, rompeos en mil pedazos!

PAULINA.—¡Ay, ay! (Riendo), que está usted tremendo. Pero, Joaquín...

VARONA.—(Vehemente.) Aborrezco á mi mujer, que es un monstruo apocalíptico; es aquella bestia engendrada por la noche, y que tenía siete cabezas, diez cuernos, y en cada uno de ellos un nombre sacrílego. (Repitiendo el texto.) «Le es dada una boca que profiere discursos llenos de orgullo y de blasfemias.»

PAULINA.—¡Pobre Natalia! Bonito retrato hace usted de ella.

VARONA.—Lo ha hecho San Juan Evangelista, Capítulo V, Versículo 33 del *Apocalipsis*... Paulinita del alma, decidase pronto. Usted está sola. Ya no tiene ni marido ni amante. ¿Quién mejor que yo...?

PAULINA.—¡Eh... juicio... moralidad!

VARONA.—(Con gran viveza.) A Corfú... á Corfú, ó al suicidio

PAULINA.—Loco, disoluto. ¡Vaya unos ejemplos que da usted á su hijo! (Viendo entrar á Adolfo.) ¡Ah!... (Adolfo, entrando por el fondo, queda suspenso al ver á su padre.)

ESCENA XVI

PAULINA, VARONA, ADOLFO; después NATALIA.

VARONA.—El niño gótico...

ADOLFO.—(Aparte, á distancia.) Nos hemos caído... Creí que estaba sola.

VARONA.—Me ha fastidiado este tontaina... (Alto.) Pasa, hijo...

ADOLFO.—¿Está aquí mamá?

VARONA.—Sí, hijo: aquí la tienes. No vayas á perderte por no estar arrimadito á las faldas del monstruo apocalíp... digo, de tu madre.

PAULINA.—Adolfo, dice su papá que es usted un prodigio de sensatez. Pero yo no soy de la misma opinión.

ADOLFO.—(Aparte.) ¿Bromitas? Ya me lo dirás... porque tú has de caer... caerás en silencio. Si el secreto duplica la virtud, pecar sin escándalo es pecar á medias.

NATALIA.—(Por la derecha.) ¡Ay, qué cosas me ha dicho Cristín! Es muy pícaro, muy pícaro... pero ¡qué saladol!... Cuando le puse las medallas, cantó *couplets*... Después dijo que él se casará con Elisea, y su mamá con Guillermo. (Se sienta junto á Paulina.)

PAULINA.—(Riendo.) Esos casorios le tienen muy preocupado.

VARONA.—(Aparte, paseándose agitado.) Corfú... Corfú, ó el suicidio.

ADOLFO.—(Aparte, contrariado.) Se sienta... (Aparte á su padre.) Dí, ¿mamá y tú no pensábais ir á...?

VARONA.—A Corfú... digo, al cementerio... déjame... al cementerio.

NATALIA.—(A Paulina.) Hablemos un ratito ahora, amiga mía. Ya sabe cuánto me intereso por usted. Creo que en esta situación tristísima debe usted resolverse á... (Entra Guillermo; se planta y fija en los Varonas una mirada dura.)

ESCENA XVII

Los mismos.—GUILLERMO.

VARONA.—(Aparte.) ¡Y ahora éste!

ADOLFO.—(Aparte.) Este nos faltaba.

NATALIA.—Señor don Guillermo, estamos acompañando á Paulina.

GUILLERMO.—(Secamente.) A eso mismo vengo yo. Sola dejé á Paulina, y sola creí encontrarla.

NATALIA.—(Aparte á Adolfo.) ¿Qué quiere decir esto?

ADOLFO.—Quiere decir... que estamos de más aquí.

VARONA.—(Aparte.) ¡Horrible, horrible!

NATALIA.—(Aparte á Varona.) Y tú, majadero, ¿toleras este ultraje?

VARONA.—(Come trastornado.) He vuelto á poner en mi apellido la letra que quité, y ahora me digo: «Fragilidad, tu nombre es Varona.»

ADOLFO.—(Con dignidad, á sus padres.) Vámonos.

NATALIA.—Sí, sí; tanta grosería es insoportable. Vámonos á casa.

VARONA.—Yo más lejos... á Corfú...

NATALIA.—(Cogiéndole del brazo.) ¿Qué dices, idiota?

VARONA.—A Corfú, digo... al cementerio... Un tiro, un tiro. (Vanse los tres por el fondo.)

ESCENA XVIII

PAULINA, GUILLERMO; al fin SOR ELISEA.

GUILLERMO.—(Viéndoles salir.) ¡Imbéciles! Y ella la más refinada hipócrita del mundo. No creí tener tanta prudencia y blandura para echarles de aquí.

PAULINA.—Guillermo, tú me proteges, tú alejas de mí las amistades molestas...

GUILLERMO.—Y dañinas.

PAULINA.—¿Y lo que pensabas hacer por mí sin decirme lo que era... ese favor desconocido que tanto me ha dado que pensar?...

GUILLERMO.—Está hecho. He hablado con la Superiora de las Hermanas para que permita á Elisea seguir en tu compañía.

PAULINA.—¿Hasta cuándo?

GUILLERMO.—Hasta que yo quiera.

PAULINA.—(Con efusión de gratitud.) ¡Oh, qué inmenso beneficio! ¡Elisea conmigo! ¡Aquí!...

GUILLERMO.—Y tendrás tu recogimiento en tu propia casa.

PAULINA.—¿Tú lo quieres?

GUILLERMO.—Lo quiero, lo mando.

PAULINA.—Ese interés tuyo por mí es señal de que tus rigores ceden al fin...

GUILLERMO.—Mis rigores se suavizan; pero no ceden, no pueden ceder. El perdón está lejos, Paulina. Recuerda la gravedad de tu ofensa, y verás que mi decoro se ha de mantener dentro de esta torre inexpugnable.

PAULINA.—Derríbala. ¿Mis súplicas constantes no podrán siquiera quebrantarla?

GUILLERMO.—No. Yo me voy de aquí, y no me verás en mucho tiempo.

PAULINA.—(Afligida.) ¡Ah, Guillermo! Lejos de tí, mi salvación será difícil.

GUILLERMO.—O no te salvas, ó has de ser tú tu propia redentora.

PAULINA.—¿Cómo?

GUILLERMO.—Elevando tu mente á un ideal de vida, y aplicando toda tu voluntad á realizarlo.

PAULINA.—Sola no podré. En mi alma ha echado raíces la debilidad. (Márcase en ella un gran desaliento.)

GUILLERMO.—La debilidad no tiene raíces. Sólo las tiene el árbol de la fuerza. Planta ese árbol.

PAULINA.—Quisiera obedecerte... pero... (Cae de rodillas.) Desfallezco. Mi alma se dobla, se cae... Guillermo, ten piedad de mí.

GUILLERMO.—(Con voz imperiosa.) Paulina, ármate de fortaleza... no te arrodilles ante mí, ni ante nadie. (Al-

zando más la voz.) Levántate... (Paulina se levanta despacio.)

PAULINA.—Me levanto. En todo te obedezco... Inspíreme Dios. (Reza en voz baja.)

GUILLERMO.—No reces de carretilla... Dirige á Dios tus pensamientos propios. Si no los tienes, yo te los dictaré. Dile: «Señor, dame una conciencia fuerte. Pon en mi mano una espada contra el mal que me acecha.»

PAULINA.—(Después de repetirlo entre dientes.) Esto digo, esto diré siempre.

GUILLERMO.—Dile á Dios: «Señor, líbrame de la degeneración. Da vigor y consistencia así á mi cuerpo como á mi espíritu.»

PAULINA.—(Repite el concepto elevando su mirada, cruzadas las manos.) «Líbrame de la degeneración...» (Continúa entre dientes.)

GUILLERMO.—(Con mayor imperio y brío.) Ten alma de mujer, no mecanismo de muñeca de lujo. Vive en tu propio sér, no en la imitación de vanidades y pasatiempos frívolos... No alimentes tu espíritu con golosinas, sino con el manjar fuerte de la verdad, y aparta tus ojos de todo lo que no sea un ideal grande... (Acércase á ella, agarrándola por un brazo.) Hazlo así. Yo te lo mando.

PAULINA.—(Con voz apenas perceptible.) Y yo... obedezco.

GUILLERMO.—(Sacudiéndole el brazo.) Es que si no me obedeces, te mato, Paulina.

PAULINA.—Mátame de una vez, antes que yo pueda desobedecerte.

GUILLERMO.—Sí, te mato. Me debes tu vida, que pude quitarte cuando me ofendiste.

PAULINA.—Tómala, si quieres, ahora mismo.

GUILLERMO.—No, porque espero tu enmienda. Te condeno á vivir... á vivir... porque el vivir es lección continua, cátedra eterna, yunque donde forjamos el mal y el bien...

PAULINA.—Viviré... forjaré el bien... desconfiando de conseguirlo sola.

GUILLERMO.—Sola y firme. De la soledad nace la fuerza.

PAULINA.—Eres duro, Guillermo.

GUILLERMO.—Duro como la ley que rige nuestras almas. ¿Querías ganarme con mimos? No: mi dureza es la del herre-

ro, que en la fragua, á golpes de martillo, templa y vigoriza los caracteres.

PAULINA.—Pues forja tú, tú, esa conciencia fuerte que deseas en mí.

GUILLERMO.—Hoy sería vano intento. Aún no estás preparada.

PAULINA.—Si me dejas sola, ¿cómo he de prepararme? (Aparece Elisea en la puerta derecha.)

GUILLERMO.—No quedas sola... Ahí tienes á tu guardiana y amiga. (Señalando á Elisea, que se adelanta.)

PAULINA.—Elisea, ven en mi ayuda.

GUILLERMO.—(Retirándose.) Ten valor, ten alma... Adiós.

PAULINA.—Adiós... ¿Volverás algún día por mí?

GUILLERMO.—(Desde la puerta, con voz solemne, persuasiva.) Paulina, no volveré por ti hasta que sobre tus propias ruínas edifiques una existencia nueva. (Vase por el foro.)

ELISEA.—Es terrible.

PAULINA.—Justiciero.

ELISEA.—Ha dicho que debes prepararte.

PAULINA.—(Con gran resolución.) Ya lo estoy. (Llamando.) Teresa... Juana...

ELISEA.—Ten calma... Dime...

PAULINA.—Mi alma anhela la reparación... la busco... no la rehusaré aunque la encuentre entre llamas como las del Purgatorio. (Recorre muy agitada la escena. Teresa le trae un sombrero.)

ELISEA.—¿Qué haces? No te precipites, hija.

PAULINA.—(Poniéndose el sombrero.) Si allá me dan tormento, mejor. Venga mi destrucción, venga mi ruína.

ELISEA.—¿Pero estás loca?

PAULINA.—Cogeré mis escombros, y con ellos haré una Paulina nueva.

ELISEA.—¿A dónde vas?... dímelo.

PAULINA.—Al convento, ó lo que sea... al taller, al yunque.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Jardín del Asilo donde está instalada la colonia de Guillermo Bruno.—A la izquierda, la fachada del edificio, con ventanas y puerta practicable en el piso bajo; toda la pared cubierta con frondosos rosales de enredadera, que trepan hasta el piso superior.—A la derecha, vegetación de arbustos, rosales trepadores y jazmines, que se agarran al tronco de corpulentos árboles. Entre dos de éstos, hacia el fondo, paso á la calle.—Al fondo, seto de ciprés recortado, con un arco que da paso á la huerta. Tras esto, higueras corpulentas, palmeras y otros ejemplares de la flora mediterránea en gran desarrollo.—En todos los sitios donde no estorban el paso, tiestos con plantas florecidas. En primer término, un banco rústico.—Es de tarde.—A telón corrido, el coro, con voces de hombres, mujeres y niños, canta en la escena, alejándose, el Himno á la alegría (allegro de la 9.^a sinfonia de Beethoven). Se alza el telón cuando el coro termina, y aparece la escena vacía.

ESCENA PRIMERA

PAULINA, por la derecha.

PAULINA.—El cántico alegre que oí desde la calle se apaga, se pierde... ¡Qué silencio! Retiro misterioso, ya estoy en tí... ¡Cosa más rara! El viejecito portero no me ha puesto ningún obstáculo, ni me ha preguntado quién soy. (Avanza hacia el proscenio, esparciendo sus miradas.) La casa, modesta, grandona... El jardín, ¡qué bonito!... libre, lozano, tirando á silvestre. (Mirando al fondo.) Se extiende